

## Eso que llaman historia oral

Alicia Olivera de Bonfil

Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, (Colección Popular, 345).

La aparición del libro de Philippe Joutard marca una etapa muy importante en el campo de estudio de la historia oral. Joutard asume la tarea de investigador, recopilador e informador del trabajo realizado por investigadores de distintas partes del mundo en torno a la realización de entrevistas, a su organización en archivos sonoros, así como a la publicación de una cantidad considerable de trabajos relativos al tema, tanto en el campo de la metodología como de la técnica de la entrevista y de su preservación y utilización en la investigación histórica contemporánea. Joutard describe experiencias y examina las razones que influyeron en el impulso de la historia oral, reagrupando

sus observaciones en cuatro ejes principales: el primero, el de la entrevista oral que ofrece testimonios de la historia de acontecimientos en el sentido clásico del término, ya sean políticos, económicos o culturales aislados o formando parte de un encadenamiento; en segundo término, el de la entrevista oral que aporta su contribución a la etnohistoria "una historia cotidiana"; el tercero, que pone de relieve al testimonio indirecto, no el de las personas que han vivido lo que cuentan, sino el del que trasmite lo que le han dicho otros; es decir, la tradición oral y el cuarto que se refiere a la entrevista oral que nos informa sobre la manera como funciona la memoria de grupo.

También distingue dos casos diferentes: cuando la fuente oral reemplaza al documento escrito porque no existe o apenas existe o bien es un testimonio demasiado unilateral, presenta como ejemplos el caso de Cevenas que fue

montaña de refugio, animada por el Club Cévenol y el de los cristeros de Jean Meyer, y cuando la documentación es abundante pero contradictoria, en cuyo caso la "encuesta oral es pocas veces inútil" y en que lo más importante es el aporte específico y complementario de la fuente oral.

De este modo, a través de 380 páginas, divididas en 9 capítulos nos lleva a hacer un recorrido por los trabajos de Herodoto, de Tucídides y Polibio, y a los testimonios de los protestantes franceses de Cevenas y del Bajo Languedoc en el siglo XVIII, conservados por escrito en *El Teatro Sagrado de las Cevenas o relato de las diversas maravillas recientemente operadas en esta parte de la provincia de Languedoc*.

Hace una revisión de los trabajos elaborados en Europa, principalmente, desde los más tempranos de Raphael Samuel, con entrevistas de tipo etnográfico, con glosarios de dialectos

regionales británicos de los siglos XVII y XVIII, en los que “se encuentra la sustancia misma de la vida doméstica, la rutina cotidiana y el ciclo semanal, la economía y las penurias de los pobres, la alternativa de abundancia y escasez. Escuchamos a la madre que regaña a su hijo, a los hombres que protestan a causa del clima [. . .], podemos amueblar mentalmente la choza, identificar los ingredientes de la papilla para engorda de los cerdos, nombrar los combustibles de la chimenea”. Las actitudes frente a la desgracia son traducidas a la rica textura de la lengua hablada y de cuando en cuando tenemos también una visión de los comportamientos de clase: “la reverencia para el gentil hombre que era bueno con los pobres y el odio hacia los que eran injustos”. Joutard menciona incluso a algunos “precursores” de la encuesta etnográfica, con trabajos realizados en regiones rumanas y húngaras desde 1590-1647 a 1629-1687.

En Francia, dice, no hay trabajos tan tempranos, sin embargo menciona a Jean Baptiste Thiers en el siglo XVII que ofrece “fragmentos de información etnográfica positivas” que François Lebrun recogió, en particular, sobre las costumbres de bodas. Los de Charles Perrault que de manera directa o por intermedio de su hijo utilizan ampliamente la fuente oral para la elaboración de sus célebres cuentos, así como los diccionarios, glosarios regionales y otras fuentes que los etnólogos quizá no han utilizado bastante y que permiten triunfar sobre el silencio.

A principios del siglo XIX, la historia se constituye como disciplina de carácter científico, cuando Langlois y Seignobos en su *Introducción a los Estudios Histó-*

*ricos*, condenan radicalmente la tradición oral; alrededor del documento escrito se funda la principal institución de la memoria, así como en la creación, en 1896, de grandes archivos que tienen la doble particularidad de concentrar fondos documentales y de dar acceso al público. “. . . las creencias populares no son historia sino folklor” —decían Langlois y Seignobos— y el desprecio de los profesores universitarios por el folklor asociado a la anécdota es evidente.

El autor hace una relación exhaustiva de los momentos y las circunstancias en que en Francia fue utilizado el testimonio directo como parte fundamental de los trabajos históricos, manejando también el problema historiográfico planteado por la desigualdad de las fuentes.

En Francia se realizan encuestas y se elaboran cuestionarios desde 1820 para llevar a cabo una investigación sobre fiestas patronales; cuestionarios escritos que se enviaban a toda una comunidad.

En la Academia Celta, fundada a principios del siglo XIX, ya se reprochaba a la historia haberse interesado siempre por los ricos y poderosos descuidando “lo que forma verdaderamente la especie humana, la masa de las familias que subsisten casi por entero de su trabajo”. Muy importantes fueron los trabajos de recolección realizados por esta Academia y su continuadora la Sociedad de Anticuarios. Su seguidor Hersart de la Villemarqué realizó trabajos que enriquecieron la labor iniciada por la Academia, y a su vez influenció a la escritora George Sand, que también sintió la necesidad de recoger tradiciones y costumbres, afirmando en su prólogo a las *Leyendas Rústicas*,

publicado en 1858 que “. . . las tradiciones orales recogidas tienen un valor histórico y no son simple ficción, porque la imaginación popular no es jamás otra cosa que una forma oculta y alterada de algunos recuerdos colectivos [. . .]. Bajo nuestros pasos todo es ruina, sangre y desechos, y el mundo fantástico que inflama o pasma el seso del campesino es una historia inédita del tiempo pasado. Cuando se quiere remontar a la causa originaria de las formas de su ficción, se las encuentra en algún relato trunco y desfigurado donde pocas veces se puede descubrir un hecho comprobado y consagrado por la historia oficial. Por lo tanto el campesino es el único historiador que nos queda de los tiempos antehistóricos, si se puede decir así”.

Es también importante la mención que se hace en el libro sobre los trabajos de historia de la condición obrera hechos por Michelet (historia oral urbana y obrera) *Le Peuple*, 1846. “. . . el hecho de oír a las gentes del pueblo obedece a objetivos mucho más importantes; (para Michelet) escucharlos permite, antes que nada, reencontrar las huellas de mundos desaparecidos y el pueblo es un ‘conservatorio’”. Michelet recupera el enfoque de George Sand y de la Academia Celta. En esta misma corriente continúa Barbery d’Aurevilly quien, según Joutard, fue el primero que utilizó la expresión historia oral en *La hechizada*, publicado en 1852.

Durante el Segundo Imperio en Francia, se da la corriente de los folkloristas. En Bretaña, la corriente sostenida por Aymar de Blois y Hersart de la Villemarqué que impulsa los trabajos de los que llamaron de diferentes maneras: tradicionalistas, lingüistas, dialectólogos, geolingüistas, filólo-

gos, etcétera, pero todos inscritos en la misma corriente de preservación de las versiones exactas y auténticas de los cuentos populares y no de una aproximación.

Desde 1877 se pudieron reproducir las voces gracias a Charles Cros por una parte y a Edison por otra. El gran lingüista Ferdinand Brunot aprovechó con visible ventaja este descubrimiento al inaugurar, el 3 de junio de 1911, los *Archivos de la Palabra*, que consistían en unos laboratorios de grabaciones creados en la Universidad de París, con la ayuda del industrial Emile Pathé. Grabaron más de 200 discos con relatos cortos de los trabajos del campo, cuentos populares y canciones. Todas estas grabaciones fueron transcritas y acompañadas de fichas que describen al interlocutor así como las condiciones de la entrevista.

Dentro del mismo ámbito europeo, se hace también en este libro, la revisión de los trabajos de historia oral realizados en Inglaterra mencionando al "mayor historiador inglés del siglo XIX, Macaulay", a Cecil Sharp y al periodista Henri Mayhew que realizó una encuesta sobre la pobreza, preocupándose por la exactitud de los discursos recogidos; los primeros historiadores de la revolución industrial inglesa también utilizaron ampliamente la encuesta oral.

Es importante saber dónde nació la verdadera historia oral, tema en el que hay diferencias de opinión; pero consideramos que es de mucha mayor trascendencia analizar quién la ha utilizado mejor y con más provecho, es decir, para qué y a quiénes sirve. Es sin embargo interesante mencionar que la historia oral, en el concepto moderno de su definición, se inicia en los Estados Unidos después de la Segunda

Guerra Mundial, y que se difundió fuera de sus fronteras a fines del decenio de 1960: primero al Reino Unido (1973), más tarde Francia (1978). Unos años antes se había difundido en Suecia, Italia, Polonia y Canadá, pero si nos atenemos a la institucionalización de la práctica, a su carácter sistemático y con técnica enseñada y difundida, la historia oral se inicia en 1948, cuando Alan Nevin de la Columbia University inicia sus entrevistas con políticos norteamericanos y culmina su importante labor con la publicación de todos sus proyectos en The Oral History Collection con 30,000 páginas de testimonios. Pero Nevin y su sucesor Starr (1960), piensan que "como la arqueología, la historia oral es más una herramienta que una disciplina".

La primera guía del método se publica en 1966, fundándose al año siguiente la Asociación de Historia Oral Norteamericana, que realiza un encuentro anual y publica, a partir de 1973 una revista también anual, un boletín de enlace trimestral y una bibliografía periódica de historiografía oral.

A partir de estos trabajos la historia oral se difunde ampliamente en todos los Estados Unidos de Norteamérica, siendo necesario acudir al trabajo que reseñamos para obtener mayores detalles.

Es interesante mencionar que junto con este método apareció otra tendencia, la de la escuela sociológica que utilizó la entrevista, la observación participante y la biografía como medios privilegiados para analizar la realidad social. A esta misma escuela pertenecen los trabajos de Oscar Lewis, realizados más tempranamente que los arriba mencionados, en 1943, en México, utilizando

la técnica de "biografías entrecruzadas", *Los hijos de Sánchez*, (Antropología de la pobreza) publicado en nuestro país en 1965.

El trabajo de los pioneros fue guiando a los especialistas norteamericanos a convencerse de que lo que se había hecho hasta entonces, era una visión muy limitada de su propia historia y los llevó hacia la búsqueda de otros enfoques y otras visiones. Actualmente, según Joutard, no sólo se escuchan las voces de los negros, chicanos o indígenas, sino también la de los blancos pobres o simplemente la de los norteamericanos medios a través de los trabajos del discutido periodista de Chicago Stud Terkel.

En nuestros días se pueden diferenciar dos tipos de historia oral en los Estados Unidos, los cuales tienen una repartición geográfica y universitaria muy significativa: por una parte la corriente de las grandes universidades del este, de Texas o de California, así como de las grandes instituciones públicas o privadas que desarrollan prioritariamente una historia oral de líderes, prolongada al periodismo político y sólo como complemento de fuentes escritas, sin aportar una visión fundamentalmente diferente. Por otra parte están las universidades más recientes, que prefieren la historia oral de "grupos olvidados", vinculada con la etnología, y que no tiende solamente a introducir una técnica nueva sino que quiere modificar la perspectiva historiográfica integrando el punto de vista de las diversas minorías. Esta tendencia encontró terreno favorable en el sur, porque "El sur es más consciente de su historia. . ." según afirma en una entrevista Eli Evans, autora de *Options in education*.

El autor menciona también la

influencia que este método ha tenido en México. Al respecto pensamos que su visión es marcadamente eurocentrista, ya que alude con minuciosidad a la práctica de la historia oral en países europeos, pero de América sólo menciona a los Estados Unidos. Nos percatamos de que su información sobre la práctica de este método en Latinoamérica, y particularmente en México, es muy escasa o francamente nula puesto que no menciona a Argentina, Cuba o Brasil, por ejemplo, donde se han llevado a cabo importantes proyectos, y de nuestro país, informa que los únicos trabajos que se han hecho en este campo son “. . . una prolongación de la obra de Oscar Lewis”, lo cual es totalmente falso ya que los trabajos de ese investigador norteamericano tuvieron alguna repercusión en la antropología pero no en la investigación histórica. Llama la atención, por otra parte, que los únicos proyectos que él menciona como realizados en nuestro país son los de Eugenia Meyer y los del investigador francés Jean Meyer, sobre la “Guerra de los Cristeros”. A propósito vale la pena aclarar que en México se han llevado a cabo muchos otros proyectos además de los de Eugenia Meyer; que Jean Meyer no ha sido el único ni tampoco el primero que se ocupó de este asunto de los cristeros ya que antes algunos historiadores mexicanos lo habían hecho, y que según información del propio Meyer,<sup>1</sup> tampoco él hizo historia oral, ni pretendió hacerla, sino que sólo realizó entrevistas que él conserva. Por último, tampoco estamos de acuerdo en que el movimiento cristero haya sido una “Vandea Mexicana” ni tampoco una “Guerra Cristera”, fue algo

mucho más complejo y diferente, de cuyo tema se han ocupado desde 1960 otros especialistas<sup>2</sup> y no fue una guerra sino la rebelión de un grupo (no de todos) de católicos mexicanos.

Cabría aquí remitirnos a una afirmación del citado Alan Nevin en el sentido de que la historia oral no la fundó nadie: “Ella se fundó por sí misma. Se había convertido en una necesidad patente y habría nacido en una docena de lugares por lo menos y en cualquier circunstancia” (Citado K. Baun, *Oral History*, Vol. III, núm. 1, p. 18, citado a su vez por Joutard en la pág. 135). Joutard aborda también lo que llama reflexión metodológica, y hace un amplio análisis de las innumerables temáticas y de las distintas tendencias que existen en la práctica de la historia oral: habla también sobre los aportes de esta disciplina; sobre la historia local (que en México el historiador Luis González ha bautizado como “microhistoria”) y sobre la “gran historia”; sobre las historias de vida así como también sobre la tradición oral y la identidad cultural, temas a los que en México se ha dado gran relevancia. Trata también la historia popular, que lo es “. . . no sólo porque toma al pueblo como objeto sino sobre todo porque expresa su concepción”. De la utilidad que este método aporta a la historia de las mentalidades ya que transmite ideas, comportamientos o sensibilidades colectivas, y lo importante, dice Joutard, “. . . no es tanto la epopeya, lo espectacular, lo que marcó a los contemporáneos, sino sus consecuencias sobre la vida cotidiana”. Este mensaje trae implícita una lección de relativismo puesto que para los padres o abuelos, por ejemplo, fueron más importantes, en tiem-

pos de la revolución, las restricciones alimentarias o el hambre, que el proyecto revolucionario o las distintas facciones que contendieron.

Trata también los problemas jurídicos que se plantean con el manejo de los testimonios orales así como de la relativa obligatoriedad de los individuos de transmitir sus experiencias ya que “. . . la persona interrogada es alguien que detenta un bien cuya comunicación se pide antes de morir, para que el pasado no muera”.

Toca también asuntos relativos a la técnica, como por ejemplo la conveniencia de hacer una grabación y una transcripción integrales, incluyendo las preguntas ya que la grabación es el único medio de tener un texto sobre el que pueda ejercerse un análisis crítico. En fin, es tal la riqueza de información del libro *Esas voces que nos llegan del pasado*, que cuesta trabajo reseñarlo sin transcribirlo en su totalidad porque siempre sentiremos que hemos dejado algo muy importante sin mencionar; sin embargo quisiéramos hacer algunas puntualizaciones con respecto al concepto de historia oral y de su práctica en México.

Por lo que toca a nuestro país, podemos decir que la práctica de la historia oral tuvo una gran aceptación y un profundo desarrollo debido seguramente a que posee un extenso territorio que además está atravesado por dos enormes cordilleras que han impedido la fácil y pronta comunicación entre los diversos grupos, lo que ha propiciado tanto el surgimiento como la conservación, a través del tiempo, de sus respectivas historias, tradiciones y costumbres locales, así como una multiplicidad de etnias y dialectos

que han hecho indispensable su estudio y tratamiento en forma particular ya que cada una de ellas implica diversos conceptos culturales y una particular cosmovisión. Es por ello también que el rescate de esas historias se ha hecho indispensable, no sólo para los investigadores extraños a las comunidades, sino que se está propiciando que ese rescate sea realizado, organizado y utilizado por sus propios miembros, para que dichos grupos conserven sus tradiciones y utilicen sus respectivos conocimientos reunidos durante siglos.

De tal manera que en nuestro país se han realizado ya diversos proyectos con otras tantas temáticas. Existen también diversos archivos sonoros: aparte del Instituto Nacional de Antropología e Historia, formado desde sus inicios por un numeroso equipo de investigadores-coordinadores, el del Centro de Estudios Históricos Sobre el Movimiento Obrero, (CEHSMO), el muy importante del Centro de Estudios de la Revolución "Lázaro Cárdenas" de Jiquilpan, Michoacán, que ha realizado fundamentales aportes a la técnica y metodología practicadas en México; existen también archivos más pequeños creados en diversos centros regionales del INAH y los organizados por la Dirección de Culturas Populares, etcétera. La historia de cada pueblo o región está siendo narrada por sus protagonistas en su propio idioma (nahuatl, maya, tarasco, mixteco, zapoteco, etcétera). También se ha rescatado información sobre importantes acontecimientos sociales como la Revolución Mexicana, la Expropiación Petrolera, el Movimiento Obrero o la Rebelión Cristera, etcétera.

La práctica de la historia oral en nuestro país nos ha llevado a

una necesaria revisión de la técnica y la metodología practicadas en otras partes del mundo, pero especialmente en los Estados Unidos, para transformarla en una más acorde con la idiosincracia de nuestro pueblo, asunto que en otro lugar tratamos. Es por ello, que ante la abundancia de información de todos tipos que está siendo rescatada, hemos tenido que "parcelar" tanto la temática como las áreas geográficas para así, con diferentes equipos y en diversos lugares, rescatar poco a poco las múltiples historias lugareñas para de este modo entender mejor nuestra historia nacional.

Al dividir así el trabajo nos hemos visto también precisados a deslindar y limitar el campo en lo que se refiere a temática y posibilidades que atañen a la historia oral, de las de otras disciplinas como pueden ser la etnología, la lingüística, la psicología o el folklore, así como también a precisar los conceptos y acepciones que se utilizan, ya que en ocasiones parecería que hablamos de cosas bien distintas.

La historia oral, llamada así más por la fuerza de la costumbre que por lo apropiado del nombre, surge como ya hemos dicho antes, a partir de los años sesenta, o para ser más precisos, cuando los historiadores pudieron definirla como el método mediante el cual se realiza el rescate sistematizado y organizado de testimonios orales para la historia, el cual como se sobreentiende lleva implícitos: selección temática, proyecto general, grabación de entrevistas y su transcripción mecanografiada, revisión y corrección, así como su preparación e incorporación a un archivo para, finalmente, ponerla a disposición de los investigadores. Esto define con claridad que la historia oral

no es solamente la realización de entrevistas; su método va más allá e implica el rescate del testimonio para incorporarlo al conjunto de discursos que conforman la memoria histórica de un pueblo o grupo social y contiene en sí una apreciación de los sucesos, diferente en cada caso: es la vivencia del hombre común, el enfoque de un protagonista cualquiera, de un simple mirón, cuyos puntos de vista —salvo contadas excepciones—, nunca había sido considerado formalmente dentro del terreno de la investigación histórica.

Se ha discutido mucho acerca de la conveniencia de conservar las grabaciones ya que el excesivo encarecimiento del material indispensable limita cada día más esta posibilidad, amén de que las cintas deben conservarse en condiciones adecuadas de temperatura, humedad y aislamiento para su preservación y de que la acumulación indefinida de cintas grabadas requiere de espacios cada vez más amplios para su almacenamiento, lo cual significa que cada testimonio sea muy caro y supone grandes recursos financieros. "En 1977, el manual de iniciación al método más conocido calculaba que poner a punto una hora de entrevista en cuarenta horas de trabajo [considerando también la transcripción, la revisión, elaboración de índices alfabéticos y temáticos, etcétera] representaba un gasto de 210 a 300 dólares" (Joutard, p. 111).

En algunos casos se ha optado por descartar las grabaciones conservando sólo sus transcripciones, y en ocasiones muy especiales se guarda una parte importante de ellas para que los investigadores futuros puedan tener idea del tono, las inflexiones y el acento de la voz del entrevistado; aunque

hemos observado, hasta ahora, que en la mayoría de los casos se ha optado por la conservación de las grabaciones completas. De cualquier manera con lo que generalmente se trabaja en la investigación es con el texto escrito.

Desde esta perspectiva, al ser transcrita la cinta se interrumpe el proceso de transmisión oral propiamente dicho, lo cual, lógicamente nos lleva a aceptar que desde ese momento deja de ser historia oral para convertirse en fuente de consulta escrita. Es por eso que algunos investigadores consideran que el nombre más acertado sería "testimonios orales para la historia".

Es oportuno señalar aquí que lo que deberíamos considerar realmente como historia oral son todos aquellos testimonios y narraciones que se transmiten en forma oral, de generación en generación y de boca a boca, actualmente sólo conservados entre grupos marginados a los que no les ha llegado el alfabeto, que, como sabemos, todavía existen en algunos lugares de Africa, la India, y entre nosotros, entre los casi extintos lacandones, huaves, otomíes, mixtecos, zapotecos, etcétera, que conservan narraciones con las historias de sus pueblos y que se han transmitido desde hace siglos. Con el tiempo esas narraciones han pasado a formar parte de la tradición oral y decimos "a formar parte", porque, la tradición está conformada también con otros elementos como son las costumbres, los mitos, leyendas, cuentos, fábulas, canciones, juegos, oraciones, etcétera, materia de estudio de las ciencias antropológicas.

Todo lo anterior nos lleva a establecer los límites del campo de estudio de la historia oral, ya que el historiador no podría

manejar todas las particularidades que propone el análisis del material rescatado, que pueden ser de carácter antropológico, filológico, folklórico, etcétera.

También cabe precisar lo que entendemos por *entrevista* en historia oral. Es la reunión de dos o más personas para hablar sobre un asunto determinado, en la cual una de ellas es la que pregunta y las demás contestan o informan. Las preguntas que hace el entrevistador requieren de un *temario* preparado previamente, aunque algunos investigadores prefieren utilizar *cuestionarios*, esto para la gente de nuestro país resulta muy rígido e inhibe al sujeto, por lo que casi siempre se ha optado por la entrevista libre, pero controlada en lo posible.

De esta manera también podemos diferenciar las entrevistas de historia oral de las *encuestas*, que podríamos definir como la exploración conjunta, en algún grupo social, sobre un asunto determinado, que se aplica sobre una muestra representativa de la población estudiada, e implica la utilización de formularios que permiten su aplicación colectiva por personas no necesariamente especializadas. Los resultados pueden ser cuantificables incluso por máquinas electrónicas. Las entrevistas en historia oral son bastante más ambiciosas que una encuesta y proponen otro tipo de búsqueda y, desde luego, otros intereses que permiten definirla como entrevista especializada.

A diferencia de otros estudios de tipo antropológico o sociológico en México, podemos hablar de historia oral sólo a partir de que pudieron registrarse los testimonios completos por medio de grabadoras, y éstos pueden ofrecerse a otros investigadores además del que realiza la entrevista,

de esta manera podrán ser interpretados y vueltos a interpretar de acuerdo con diferentes enfoques y criterios. Los trabajos históricos realizados con anterioridad al uso de las grabadoras —muy valiosos todos— desde Herodoto, Polibio y Tucídides hasta Fray Bernardino de Sahagún en nuestro país, pueden definirse como las versiones propias de cada historiador sobre los testimonios que obtuvieron de sus informantes, ya que no pudieron transmitirlos con exactitud sus narraciones, sino sólo la interpretación que les dieron esos primeros depositarios.

Ahora bien, qué pretendemos obtener mediante la historia oral; ¿es un simple método al servicio de una vieja disciplina o el advenimiento de otra manera de hacer y de ver la historia? Creemos que no es ni lo uno ni lo otro; si bien la información que aporta puede ser utilizada como complemento de una investigación y confrontada con otras fuentes documentales o bibliográficas o tal vez ser parte principal o sustento de una investigación completa,<sup>3</sup> definitivamente creemos que es otro tipo de historia. La historia oral ha venido a proporcionarle "voz a los que nunca habían hablado" a los que forman parte de las clases subalternas o grupos marginados, etcétera, que lógicamente están aportando una visión diferente y única. Lo que se va a obtener con estos testimonios tampoco va a ser la Verdad (así con mayúscula) porque tendríamos que sumergirnos en terrenos de orden filosófico o religioso, tal vez, para poder dilucidar cuál es la verdad. Tendremos que aceptar que "su verdad" son todas las versiones y todos los puntos de vista que se narran sobre los acontecimientos.

Indudablemente este otro enfo-

que tendrá una carga importante de subjetividad, de olvido o de intereses personales. Es obvio que estará tan impregnado de cargas emocionales, ideológicas o políticas como lo pueden estar los documentos de los archivos, los periódicos o los libros. Es por ello que deberá ser evaluado aparte; pero la posibilidad que brinda es muy importante. Finalmente, sólo nos restaría dar a conocer cuál es la tendencia actual de esta disciplina en nuestro país, ya que la mayor parte de los investigadores de esta rama nos hemos propuesto que el rescate de testimonios en toda la república no implique sólo un despojo a sus poseedores; sino aparte de que sea una contribución a la historia del país, sea una herramienta de retroalimentación y refuerzo que enriquezca las culturas regionales.

Generalmente este tipo de proyectos ha sustraído la información testimonial a las comunidades, sin que ellas reciban ningún

beneficio. Nuestra intención consiste en retribuir, aunque sea en mínima parte, a la comunidad o grupo lo que está aportando para la cultura nacional, a través de la integración, en cada localidad, de sus propios archivos. Gracias a este sistema los demás miembros de la comunidad podrán nutrirse con la información contenida en los testimonios y conocer de esta manera, no sólo la historia de su pueblo y de sus hombres, sino de los conocimientos tradicionales sobre el cuidado de la salud, de las plantas medicinales, métodos constructivos regionales, problemas del desarrollo de la comunidad, o bien técnicas modernas de cultivo, etcétera. Estos mismos testimonios podrán a su vez alimentar programas de alfabetización así como de elaboración de textos pedagógicos y culturales.

Bástenos decir, para finalizar, que la publicación de este libro es tan importante, que motiva a todos los que practicamos la historia oral, no sólo a percatar-

se de lo que se ha hecho en otras partes del mundo, sino a reflexionar sobre lo que deberá hacerse en el futuro.

## Notas

<sup>1</sup> Jornadas de Historia de Occidente. Centro de Estudios de la Revolución "Lázaro Cárdenas", Jiquilpan, Mich., 1978.

<sup>2</sup> A. Olivera, *El Conflicto Religioso de 1926 a 1929. Antecedentes y Consecuencias*. INAH, México, 1966.

*La Literatura Cristera*, INAH, México, 1970.

Antonio Rius Facius, *México Cristero*, 1915 a 1931, Ed. Patria, México, 1960. *De don Porfirio a don Plutarco*, Edit. Jus, México, 1958.

Heriberto Navarrete, *Figuras y Episodios de la Historia de México*, Edit. Jus, México, 1961.

<sup>3</sup> Confrontar con *En torno a la historia oral*. Diversas formas de utilización del testimonio oral en la investigación histórica. A. Olivera de Bonfil en Jornadas de Historia de Occidente. Centro de Estudios "Lázaro Cárdenas". México, 1978, pp. 123 a 143.

## De la santidad a la esbeltez

Norman Cohn

Rudolph M. Bell, *Holy Anorexia*, epílogo de William N. Davis, University of Chicago Press, 1986, 248 pp.

Judith C. Brown, *Immodest Acts: The Life of a Lesbian Nun in Renaissance Italy*, Oxford University Press, 1986, 214 pp.

Apenas en 1870 se reconoció la anorexia nerviosa como una enfermedad específica y recibió el nombre con el que hoy se le conoce. Sin embargo, según el psiquiatra William N. Davis, quien escribió el epílogo para *Holy Anorexia*, ésta ha alcanzado tales proporciones que en todo Estados

Unidos y en Europa hay innumerables organizaciones que se dedican a tratar a los anoréxicos y a sus familias. La psiquiatría lucha con este desorden por medio del psicoanálisis, la terapia conductual, la psicoterapia de grupo, la terapia familiar, distintos medicamentos, hasta regímenes alimenti-